

La política en tiempos de oscuridad

Sumario

La ciencia política: De ciencia pobre a ciencia combativa. Nuevos mapas cognitivos para nuevas situaciones políticas. El modelo liberal de espacio público: La modernidad y la política. Lo público y lo privado en el esquema de la razón pública instrumental. Pensar la política a través del ciudadano. Conclusión. Referencias.

Resumen

La ciencia política latinoamericana se encuentra sometida a una doble coyuntura. Por una parte, los ciudadanos no tienen esperanza que nuestra ciencia sea útil para proponer cambios y soluciones a nuestras recurrentes crisis de gobernabilidad; por otra parte, dentro del gremio se inició una guerra de paradigmas (normativista y empiristas) que “no va a ningún lado”. Estos factores avizoran tiempos oscuros y difíciles para la política, ya que los políticos de acción (los que viven para la política) no tienen una guía teórica, clara y segura, que les indique el camino que deben recorrer y en vez de responder a sus sociedades se dejan arrastrar por sus intereses y proyectos personales profundizando la crisis de gobernabilidad y alentando liderazgos mesiánicos con discursos nacional populares. La única salida que proponemos para salir de esta situación es volver a construir a la ciencia política como una ciencia de ciudadanos, una ciencia de sociedad, donde el ciudadano tenga un papel más determinante en el manejo de los asuntos públicos.

Palabras clave: Ciencia Política, teoría política; política Latinoamericana.

Abstract

The latinamerican political science has been put to a doble conjunction. From a part, the citizens do not think nor hope that our science is useful proposing changes and resolutions to our government abilities recurrent crises, in a second way, inside of the trade began a paradigm war (normative and empirical people) who is a nonsense. These factors projected dark and difficult times to the policies, yet the politicians of action (people living for the policy) do not have a theoretical guide, clear and sure which indicates the way they have to use but it does not answer to their societies but they let themselves dragged by their interests and personal projects getting the crisis deeper and giving the way to Messiah leaderships with popular national speeches. The only solution we propose to remove this situation is building b the political science again as a citizen science, a society science, where the citizen has a paper more determination managing the political cases.

Key Words: Political science, political theory, Latin American, policy.

Artículo: Mayo 4 de 2007; aprobado, agosto 19 de 2007.

Abraham Enrique Andara Matos: Politólogo y Magíster en Ciencias Políticas. Docente e investigador de la Escuela de Ciencias Políticas y del CEPSAL en la Universidad de Los Andes de Mérida, Venezuela. Estudios sobre pensamiento político en La Universidad de Massachussets, Boston. EE.UU.

Correo electrónico: eandara2@hotmail.com

La política en tiempos de oscuridad

Abraham Enrique Andara Matos

La gente pierde la fe en la política en el momento en que la cotidianidad vuelve al primer plano. El *ciudadano* no quiere saber nada de la política y se resiste a *pensarla*. Su apreciación es que a política ha dejado de ser una actividad comprometida con el “mundo de la vida”, con la vida diaria y todos sus problemas. Se ha convertido en una actividad especializada, de “expertos”, “técnicos” o de “élites”, alejada de los ciudadanos que no sienten identificados, ni con los políticos que los representan, ni con las instituciones públicas que prestan servicios sociales. Esto deja un amplio margen al Estado u otras instituciones de poder para que impongan unidireccionalmente sus puntos de vista. El corolario de esta situación es la confrontación irracional entre el Estado y la sociedad. Un conflicto donde “hasta los triunfos son dolorosos” como dijo el viejo historiador Plutarco, o donde “todos pierden” según la nueva jerga de la *rational choice*.

Lo que sucede es que la política ha sido desnaturalizada, ha sido “privatizada” por una casta de gobernantes sin sensibilidad social y sin preparación para ejercer este tipo de actividad. Ya es común escuchar que ese “mundo de actividad”, como aristotélicamente definió a la política Hannah Arendt, vive “tiempos de oscuridad”. La vida activa, de la política entendida como pensamiento y acción, ya no tiene la posibilidad real de dar luz y claridad ante los graves problemas sociales que atraviesan nuestras sociedades. Ya no tiene la posibilidad de conducir a la sociedad hacia un destino mejor, hacia mejores formas de gobiernos y mejores tipos de sociedades.

Arendt entendía por “tiempos de oscuridad” esos momentos de crisis sociales y políticas que no permiten pensar con lucidez a los hombres normales. Ante la ausencia de pensamientos políticos claros, se corre el riesgo que se imponga la visión totalitaria y terrorífica del Estado, del partido o de las oligarquías, asfixiando los ya debilitados canales de ideas que se pueden construir desde la sociedad. En otras palabras, si no pensamos, si no “nos atrevemos a pensar la política”, si no disipamos de nuestra mente las ideas equivocadas de ese mundo de actividad, las instituciones de poder disciplinarios, aquellas que tiene la capacidad de disponer legalmente de nuestra vida (biopoder) como la definió Foucault, lo harán por nosotros.

Pero no es fácil. En este tipo de Estado con poder disciplinario los “hombre preclaros”, que conciente y consecuentes con sus propias ideas y acciones, se atreven a “pensar por sí mismo” se constituyen en enemigos del sistema cerrado, por lo tanto, o hay que convertirlos (como en “1984” de Orwell) o eliminarlos (terrorismo de Estado).

La ciencia política: De ciencia pobre a ciencia combativa

Esto también afecta proporcionalmente al plano de los que hacemos de la política una actividad especializada, técnica. No se crea, dentro de la ciencia política también se deja percibir esta penetrante oscuridad. En este campo, generalmente se afirma que el mundo político ha cambiado tanto que los “mapas cognitivos” (conceptos, teorías y pensamiento) que intentaban explicarnos y transformar al mundo de la acción, ya no dan cuenta de lo que realmente esta sucediendo

(Vallespin 2000). Recientemente un famoso “gurú” de nuestro gremio, Giovanni Sartori, ha hecho una confesión dramática al afirmar que a principios del siglo XXI la ciencia política “no va a ningún lado”, es decir, no tiene un rumbo y se ha desentendido de los problemas más acuciantes de la realidad. Afirma el famoso polemista italiano que a pesar de nuestros complejos métodos empíricos, no logramos resolver ni entender la complejidad del “mundo de la vida política”. Cada vez utilizamos métodos estadísticos y matemáticos más complejos para resolver y explicar problemas irrelevantes políticamente hablando. Como reafirmó el politólogo mexicano Cesar Cansino: “Mi convicción personal es que el pensamiento político, la sabiduría política, hay que buscarla en otra parte. ¡Adiós a la ciencia política!”. Quizás sea una opinión radical, pero desgraciadamente no le falta razón.

A pesar de que este tipo de panorama es desolador, paradójicamente representa el mejor momento para que la sociedad produzca su más sublime y elevado pensamiento político. Cuando el político de acción ha perdido el camino y se siente extraviado entre sus intereses personales, los intereses de su séquito y los de la sociedad, es el momento justo cuando el pensador político o filósofo político, le indique el camino que “debe” recorrer. Este camino puede ser idealista o realista, consensual o conflictual, o una mezcla ecléctica de ambas, ilas opciones están abiertas!

Si algo tienen en común pensadores políticos antiguos y modernos tan disímiles, como Sócrates y Hobbes, Platón y Maquiavelo, Aristóteles y Rousseau, por sólo nombrar algunos, es que aprovecharon estos momentos de “crisis”, de “cambios”, de “transiciones”, pero también de oportunidades, para proponer desde la filosofía formas alternativas de sociedades, de gobiernos y también, de políticos, es decir, de hombres comprometidos íntegramente con los problemas de orden en sus sociedades. Sus “teorías de la justicia”, de un orden social anhelado por todos, pueden ser construidas tanto desde el realismo como del idealismo político.

Actualmente Mark Lilla ha escrito un polémico tratado donde llama “temerarios” a aquellos intelectuales que se entregaron, por una u otra causa, a proyectos políticos de sociedades cerradas, el desesperado “sueño de orden” ante sociedades en crisis morales tiene un inmenso poder de seducción. En respuesta a

Lilla, nosotros llamamos “atrevidos” a aquellos pensadores políticos que ante gobiernos o forma políticas cerradas y disciplinarias, se atreven a criticar y proponer nuevos tipos de sociedades libres, igualitarias y justas. Ante una situación en penumbra, estos “nuevos enfoque políticos” se presentan como alternativas válidas para dar claridad a un mundo en transformación. Pero hay que decirlo sin temores, estas nuevas ideas políticas se tienen que presentar sin pretensiones totalitarias, epistemológicas o positivistas, tienen que ser alternativas pragmáticas que se proponen para ser discutidas, debatidas y refutadas racionalmente. El dialogo entre el político y el politólogo, entre la sociedad y el Estado, entre lo público y lo privado, es la gran alternativa de orden social que esperan nuestras sociedades latinoamericanas.

Necesariamente en la ciencia política tenemos que sumarnos al combate que mantiene Giovanni Sartori contra la ciencia política como ciencia pobre, es decir, desprovista y enemiga de la teoría y el pensamiento político. No obstante, debemos reconocer primero que mucho de nuestros complejos conceptuales de la política ya no responden eficientemente a lo que se ha llamado “las nuevas realidades”. No podemos dar la espalda a esta situación, al contrario, se hace más perentorio que nunca un proceso de revisión crítico de nuestros marcos teóricos más íntimos y familiares (clásico, moderno y contemporáneo). Ameritamos, además, una comprensión más exhaustiva de las nuevas categorías conceptuales que tratan de explicarnos un mundo político en cambio y transformación, llámese, postmoderna, reflexiva, caótica o globalizada. Pero la simple y llana revisión o discusión epistemológica no basta. Hace falta la contrastación empírica, es decir comprometer a la teoría política de nuevo con los grandes problemas sociales, para no sólo llenar al mundo de “significado y comprensión” (Weber) sino también para solucionar los grandes desequilibrios sociales y políticos que afectan negativamente la convivencia social. De ciencia pobre, la ciencia política a través de un profundo proceso de revisión teórico y conceptual tiene que pasar a ser una ciencia combativa y comprometida. Sólo así volverá a ser lo que una vez Aristóteles bautizó como “la reina de las ciencias sociales”, la que tenía el objeto de estudio más elevado en la escala de los asuntos humanos: la convivencia social.



Nuevos mapas cognitivos para nuevas situaciones políticas

“Algo huele a rancio en el reino de la política”, con estas lapidarias palabras comienza una aguda reflexión sobre teoría política Fernando Vallespín, y agrega “no es un olor a hediondo (¿a muerto?) sino más bien a cuero viejo” (2000, 9). Lo que nos quiere decir el teórico político español en su reflexión es que los viejos esquemas o modelos teóricos que hemos venido utilizando en el siglo XX, y que heredamos del racionalismo positivista y modernista del siglo XIX para comprender y explicar el mundo de la acción política, ya no nos dan cuenta de lo que realmente está sucediendo en ese mundo de vida activa. Lo que es peor aún, nos hemos quedado sin alternativas teóricas eficientes para comprender “las transformaciones contemporáneas de la política” en este nuevo milenio. Will Kymlicka mantiene una idea similar cuando manifiesta que: “... las categorías tradicionales dentro de las cuales se discutían y evaluaban las teorías políticas comenzaron a mostrarse crecientemente inadecuadas” (1995, 11-12).

Tanto Vallespín como Kymlicka lo que quieren expresar es que las nuevas circunstancias y situaciones contradictorias en el nivel de la acción política hacen que nuestros modelos teóricos racionales -que nos prometían la entrega de un mundo seguro- colapsen al imponerse complejas situaciones sociales que nos llevan a una “sociedad del riesgo” sedienta de nuevas explicaciones. En este sentido vemos, un mundo en globalización que converge con rivalidades nacionales y locales. Unos medios de comunicación en proceso de expansión que coinciden con una falta de comunicación real entre los hombres (virtualización de las relaciones humanas). El fin de los totalitarismos estatistas e imperialismos ideológicos que coinciden con la expansión mundial de la democracia occidental representativa que tiene como eje fundamental la despolitización del ciudadano. La aparición de las nuevas redes financieras mundiales que coinciden con crisis económicas nacionales de todo tipo sin precedentes en la historia. Las nuevas formas de regionalización (tipo Unión Europea, tigres asiáticos o Mercosur) que predicaban la superación del Estado Nación moderno y que ahora, ante las crisis de integración nacional y con el terrorismo como nueva variable político-militar, hacen de la forma política estatal una

condición necesaria para asegurar el orden y la tranquilidad nacional. A la vez que se declara el disfuncionamiento de los partidos políticos modernos en el nivel de la teoría, se aprecia en la práctica un proceso de expansión, ya que todos los movimientos sociales, inclusive los que se focalizan desde la sociedad civil, terminen funcionando/disfuncionando como un partido tradicional defensor de los intereses del Estado o corporaciones privadas, y no del ciudadano (véase, Katz, Maier 2004). A esta sumaria lista podríamos agregar los graves problemas sociales (maltratos en el hogar, prostitución, alimentación y pobreza, delincuencia generalizada), ambientales (capa de ozono, destrucción de bosques, contaminación ambiental, etc.) y hasta sexuales y raciales (la aparición del movimiento gay, la discriminación de la mujer, la discriminación racial, etc.), que son contradictorios con los principios de los Derechos Humanos que tienden a universalizarse y asegurarse por los grandes Organismos Multilaterales (ONU, OEA, etc.).

Por supuesto, que todo esto tiene graves consecuencias tanto para la acción práctica de la política como para la teoría política misma. Estas consecuencias las podemos resumir en las cuatro grandes crisis que atraviesa la acción política y que hacen tambalear a nuestros viejos modelos teóricos. 1) *La crisis de participación*: El ciudadano no quiere saber nada de la política toda vez que aprecia que no se interesa por problemas generales. 2) *La crisis de representación*: el representante político se desliga del representado pasivo y se convierte en una nueva casta indiferenciada. 3) *La crisis de gobernancia*: Las instituciones del gobierno no cumplen la labor para las que fueron hechas y tienden a dar paso a la corrupción. 4) *La crisis de legitimidad*: el sistema político no sólo pierde el apoyo civil sino que es rechazado abiertamente. Estas crisis son inclusivas y no necesariamente excluyentes. En última instancia, lo que se percibe es que el “viejo modelo liberal burgués” que creó el espacio público de modernidad está colapsando, es decir, en el mundo de hoy se revela ineficiente, en el plano de la acción, para proponer equilibrios sociales y evitar las polarizaciones políticas. Y el plano de la teoría se revela insuficiente para generar explicaciones y alternativas válidas ante lo que se ha dado por conocer como la “crisis de la política”. Para comprender esta proposición hay que entender este modelo liberal burgués de espacio público hoy en crisis.

El modelo liberal de espacio público: La modernidad y la política

El destino de los grandes sistemas de pensamiento, que enfocan todo su arsenal de ideas sobre el complejo mundo de la acción política, es convertirse en ideologías que intentan señalar la dirección y el funcionamiento del sistema político. Pero sus pretensiones no quedan allí, ya que además sirven de guías para la acción social, al intentar movilizar a los diferentes actores colectivos, corporativos y elitistas. Este era el objetivo que propone el modelo político liberal dominante al formular su idea de un espacio público moderno (como se aprecia en el modelo funcional estructuralista del liberalismo moderno, (ver anexo No. 1).

Recientemente Alain Touraine nos ha dicho que esta *modernidad* nació como *ciencia política*. Nació para hacer al hombre libre, para despojarlo de todas aquellas cadenas de a la ignorancia -en el sentido de Rousseau- que le imponen la tradición, las instituciones jerarquizadoras y sus propios temores o pasiones humanas. El hombre moderno busca la seguridad que se encuentra dentro de sí, dentro de su parte no pasional que no es otra que su *razón*. Esto lo convierte en un ser *autoreferencial*. La pretensión de la modernidad es que el hombre dependa en todo momento de sus propias posibilidades, que alcance, como dijo Kant, su propia "mayoría de edad" y se *atreva a pensar por sí mismo*. Si esto era efectivo para el hombre como individuo, también lo podría ser para el sistema político o económico en su conjunto, como unidades orgánicas que tendrían la capacidad no sólo de pensarse a sí misma (autopoiéticas en el sentido de Luhmann) sino de actuar por sí misma (*holismo*). La fe en la razón como portadora de certidumbre sustituía nuestras capacidades intuitivas por *métodos técnicos y objetivos* de reflexión y análisis.

La razón, que era algo natural para el mundo antiguo como la concebían Aristóteles y los estoicos (razón práctica o moral), al pasar de los siglos deviene en un mecanismo instrumental que tiene como objetivo descubrir las intrincadas leyes de la naturaleza y la sociedad. Esta razón instrumental busca incansablemente la eficiencia a través de una evaluación objetiva de costos/beneficios (economía), medios/fines (política), causa/efecto (historia). Ante esto, todo conocimiento tiene que ser objetivamente

organizado y jerarquizado (*planificación*) para obtener resultados controlados (*progreso*) y eficientes (*éxito*). Esto es parte del paradigma de la modernidad que tiene como postulado básico sustituir *la idea de Dios* (como verdad revelada) por *la idea de ciencia* (como verdad descubierta).

Contribuyó en sumo grado a este proceso el *movimiento protestante* que ejerció influencia sobre el *racionalismo y el empirismo* que terminaron por hacer del hombre un ser individual y utilitario, que constantemente evaluaba los costos y los beneficios de sus acciones. El piso o el cemento de esta nueva sociedad estaban fundados en el egoísmo como amor propio, como promoción de nuestro propio interés o maximización de nuestras utilidades. Tanto las teorías políticas del contractualismo (Hobbes y Locke) como las teorías políticas utilitarias (Bentham y Mill) comenzaron por entregar razones justificadoras (legitimadoras) de esta nueva sociedad, la sociedad burguesa, como bien lo manifiesta Pedro Francés de la Complutense de Madrid en una introducción a una traducción de David Gauthier:

El egoísmo - entendido como la disposición a promover el interés propio, cualquiera que éste sea - es uno de los hallazgos conceptuales de la filosofía social, política y moral moderna. Según el contractualismo, el egoísmo es la argamasa de la sociedad y el fundamento último de la legitimidad del poder; y él sólo basta, de acuerdo con los economistas clásicos, para explicar el orden y la eficiencia del mercado. Una sociedad de completos egoístas sería una sociedad económica y políticamente perfecta. Por otro lado, el gran esfuerzo del racionalismo no kantiano ha sido y es mostrar que las demandas morales pueden leerse como demandas de amor propio. Así una sociedad de completos, verdaderos egoístas ilustrados no sólo sería una sociedad perfecta, sino también una sociedad justa y feliz (1998, 9)

Sheldon Wolin ha apreciado bien esta observación cuando manifiesta que en la modernidad liberal el egoísmo se convirtió en una virtud moral¹. En otras palabras, la idea del hombre liberal como un ser totalmente racional y calculador (maquina razonante) era sustituida

¹ Como lo dice Wolin más explícitamente, dentro de la sociedad liberal "...el bienestar económico de la sociedad se cumple a través del intento del hombre de satisfacer sus propios deseos egoístas" (1993, 357).



por la idea de un ser pasional e instintivo que huye del dolor y busca el placer. Este placer no debe entenderse como la acumulación desmedida de riqueza y bienes materiales, sino como el intento de evitar la pérdida de la propiedad privada y sus privilegios sociales (lo que causa el mayor dolor). En otras palabras, lo que comprendió el liberalismo fue que si la pasión era la que guiaba el comportamiento humano, entonces, la moral tenía su fundamento no en la razón, sino en los deseos y necesidades de los hombres. La razón se concibió como la adecuación entre medios y fines, pero era la pasión la que establecía los fines que se debían buscar, mientras los medios racionales eran establecidos por la razón (racionalidad).

Siguiendo las argumentaciones de Wolin, esta elevación del egoísmo a categoría moral en la sociedad liberal trajo consecuencias negativas tanto para la política práctica como para la teoría política. La política fue progresivamente desplazada por la idea de sociedad (Wolin 1993, 311), mientras que la teoría política progresivamente se fue quedando sin objeto de estudio al ser sustituida por la nueva teoría económica como nueva economía política: “El producto de este tipo de teorización fue un modelo no político de sociedad que, en virtud de ser un sistema cerrado de fuerzas interactuantes, parecía capaz de fundar su propia existencia sin ayuda de un agente político «externo»” (Ibíd. 312). Este cambio traería como consecuencia que la idea de gobierno ya no fuese entendida como una institución que buscaba hacer realidad la idea de justicia dentro de una determinada sociedad (sociedad justa) que buscaba la felicidad del hombre, como lo establece claramente Wolin:

Entre los liberales, sin embargo, la falta de interés en la acción política, la convicción de que la economía constituía el estudio adecuado para la humanidad y la actividad económica su adecuada finalidad, apresuraron la declinación de la teoría política. En efecto, esas creencias favorecieron la imposición de categorías económicas al pensamiento político, con el resultado que la teoría económica llegó a usurpar la función y posición de la teoría política. Los liberales terminaron por afirmar que la economía no sólo era la forma de conocimiento más útil para el individuo

en su búsqueda de la felicidad sino también suministraban las recetas necesarias para encarar los problemas comunes de la sociedad (Ibíd., 324).

Una de esas recetas que podían poner fin a los problemas de la comunidad se encontraba en el cambio radical de la *idea de gobierno*. Este se comenzó a entender como una institución separada de la sociedad que tenía el poder coactivo suficiente para controlar los excesos de los instintos egoístas que ponían en peligro los mayores bienes sociales: la propiedad privada y la libertad individual del hombre. Claro que la otra función básica del gobierno, asesorado por la economía, era vigilar que la sociedad obtuviera libremente su subsistencia y acumulara, mediante el cobro de los impuestos, los recursos necesarios para el mantenimiento de los servicios públicos. Fue en este preciso momento, cuando la idea de sociedad civil como sociedad autoorganizada para la reproducción organizada y disciplinada del capital (sociedad capitalista) comenzó a rivalizar y a diferenciarse de la idea de Estado, en el sentido de que esta sociedad puede ponerle límites a los excesos del instinto egoísta del nuevo hombre burgués, por lo menos así lo esperaba John Locke. Era la sociedad civil burguesa la que se encargaría ahora de administrar la idea de justicia dentro de la sociedad, y esto se podría lograr más eficientemente dentro de los mecanismos del mercado. La justicia distributiva de los bienes materiales sustituía a la vieja idea política de justicia como sociedad ordenada que le entrega al hombre las condiciones de vivir una vida digna como ser humano, como lo expresa Wolin: “la antigua tarea de distribuir bienes de acuerdo con ciertas normas de justicia fue transferida de la esfera política y asignada al criterio impersonal del mecanismo del mercado” (Ibíd. 323). La idea de justicia fue absorbida por la idea liberal de seguridad, que hoy en día bajo la sociedad del riesgo, ya ha entrado en crisis. Esto también afectó a la idea de ciudadanía. El ciudadano ya no era el hombre que participaba activamente en el mundo de la política en condiciones de igualdad y libertad mediante el ejercicio de los cargos públicos (Aristóteles), ahora era identificado como un productor. En la sociedad civil el ciudadano es aquel que interesándose por su vida privada es capaz de producir bienes de consumo masivo y para ello se organiza racionalmente (mediante la división del trabajo) y, con disciplina, maximiza sus utilidades. La

vieja idea de Habermas de los ciudadanos burgueses que discuten racionalmente sus intereses en una comunidad de habla y dejan que los mejores argumentos se impongan, sólo fue un reflejo de una burguesía en nacimiento, que una vez convertida en clase social dominante se entregó por entero al trabajo productivo y no a la disertación de la razón práctica. Para debatir ideas quedaba la universidad, los salones románticos, los círculos intelectuales y posteriormente los cafés como lugares de reunión de un círculo de ilustrados que tenía el tiempo disponible para debatir el mundo y sus esencias.

Correspondió a los participantes del movimiento ilustrado de los siglos XVII y XVIII ser los voceros y los constructores intelectuales de esta fe en la razón (a la que le sumamos el egoísmo y la pasión) y en la nueva ciencia como camino para el progreso. Las grandes revoluciones sociopolíticas que se gestaron en el transcurso de estos siglos (revolución calvinista, gloriosa, francesa, norteamericana así como la industrial), nunca fueron asumidas como movimientos sociales o económicos espontáneos, sino como movimientos sociales que fueron gestados por el tránsito de la razón hacia su propia autorrealización objetiva (Hegel) o, en otras palabras, como movimientos necesarios y justificados para el progreso humano o cultural (espíritu objetivo). En un cálculo racional se asumía que el costo social y político que implicaron dichos procesos eran bastantes bajos para el incansable cúmulo de beneficios que implicaba liberar al hombre de su *autoculpalble minoría de edad* o heteronomía, como lo manifiesta la ilustración kantiana. Este esquema de racionalidad moderna ayudaba a que se construyeran las bases de la nueva cultura racional de la civilización occidental que tanta influencia ejerció en el trabajo de Max Weber, y que posibilitaron la construcción de todas las ciencias sociales nacidas en el siglo XIX.

Lo público y lo privado en el esquema de la razón pública instrumental

Del deseo de libertad racional de esta elite ilustrada nacerá lo privado y lo público, nacerá también la sociedad civil diferenciada de la sociedad política (Habermas, 1997). Por supuesto que esta nueva racionalidad que buscaba una sociedad altamente organizada hacia uso de la idea racional de la división del trabajos tanto a nivel de la vida privada (la empresa) como a nivel de la vida pública (el Estado). No es por

casualidad que Weber define al Estado como una empresa pública, ya que allí se aplican la ley más importante de la mentalidad liberal: la división racional del trabajo y su tendencia a la burocratización de la vida humana cercenando los espacios de libertad y autoexpresión.

La división estructural de la sociedad en un entramado de instituciones y espacios diferenciados en cuanto a funciones no sólo dividió a la sociedad en partes sino que también influyó definitivamente en la forma de asumir el objetivo de la ciencia. La epistemé dejó de ser el camino necesario que encontraba el hombre para el conocimiento de las cosas en sí misma y que producían en su alma una determinada euforia (Aristóteles). En el paradigma de la modernidad ilustrada, la ciencia será el camino que tenemos que seguir para lograr un control sobre el mundo y la naturaleza. En otras palabras, la ciencia tenía que dejar de ser pensamiento (un fin en sí mismo) para convertirse en técnica (un medio para lograr control y dominio). Haciéndonos eco de la Escuela de la Teoría Crítica, podemos decir que este esquema cambió la lógica de las ciencias sociales que se entregaron al dominio racional de la razón técnico-instrumental. Abandonaron su pretensión universalizadora (filosofía) y se convirtieron en ciencias especializadas que tenían como objetivo descubrir las intrincadas leyes del desarrollo histórico (cientificismo) y desde allí indicar el camino del posterior progreso humano (positivismo). Estas ciencias especializadas lograron perfeccionar la división entre lo público y lo privado que traía implícito el desarrollo modernista. Para un mejor análisis de la sociedad diseccionada en partes, lo público se identificaría con la política que estaba subordinada a los objetivos del mercado y tendría su eje estructural en las instituciones del Estado mínimo o policía. Mientras que lo privado recubría el ámbito de la intimidad y lo privado (en el sentido moderno de privacidad, lo “que es mio” como propiedad privada) donde la acción del Estado (o la política) no debía intervenir, pero sí debería influir la acción de los mecanismos de subsistencia material (autoreproducción), que fueron monopolizados por la acción del mercado ante el auge de una sociedad de consumo masivo. Sociedad (sociedad civil), política (Estado) y economía (mercado), sectores confrontados y complementados al mismo tiempo entre sí, se convirtieron en las categorías privilegiadas de análisis para el diagnosticar los problemas de la sociedad moderna y, desde allí, incluyendo a una y relegando a otras, deducir su posterior desarrollo.



Las teorías sociales y políticas que se gestan en el siglo XIX, herederas de la ilustración y su fe en la razón técnica, y que influyen decisivamente en el desarrollo de la ciencia política del siglo XX, intentan reproducir las condiciones de éxito del paradigma científico de la modernidad. Sin embargo, la ciencia política deja progresivamente de ser una ciencia comprometida con el desarrollo de la libertad a través de la razón práctica, y se convierte en una ciencia positiva que busca, a través de la razón instrumental, el diagnóstico estructural del desarrollo del mundo del poder y sus leyes inherentes. Ante esto, todo análisis de la política se tiene que hacer desde la política pero usando los medios instrumentales arrojados por la ciencia de la economía como ciencia de la modernidad. El analista político presionado por los altos niveles de exigencia del mundo de la técnica (*ética de la responsabilidad* en sentido weberiano) tiene que asumir una posición que no es la propia, al imaginarse cómo piensan racionalmente las instituciones y el político de acción, si quiere desarrollar los niveles de objetividad que le señalan los parámetros del individualismo metodológico. La recolección rigurosa de datos, la formulación de hipótesis y la generalización de leyes científicas, serán las vías que tienen que seguir en aras de una objetividad que lo llevaran al tan ansiado conocimiento objetivo de las instituciones políticas, de sus actores y sus actuaciones. La fe en la razón técnica anunciaría el tan anhelado éxito científico.

Las cinco teorías políticas básicas de la ciencia política moderna (el liberalismo como gran paradigma, el marxismo como alternativa al liberalismo, el positivismo que quiere elevar a la ciencia a categoría paradigmática, junto al elitismo y weberianismo) van a tratar de reproducir las condiciones de éxito del paradigma racional moderno. De esto deducimos que si conocemos esas condiciones, podremos conocer mejor el funcionamiento y la lógica interna de esas teorías, que no sólo reproducen el paradigma liberal sino que se plantean así mismas como alternativas válidas de su sustitución. Primero, porque asumen que con sus métodos científicos han descubierto el desarrollo futuro de la cultura occidental (fin de la historia), los que las convierten en teorías holísticas y teleológicas. Segundo, porque asumen que pueden dar respuestas efectivas y controladas ante las consecuencias no esperadas de la modernización. Estas consecuencias se

expresan en un creciente papel del nacionalismo (la nación asumida como razón pasional) y en el papel activo que comenzaron a jugar las masas (pueblo, nación, proletario) dentro del mundo de la política. Estos hechos cambiaron la lógica de la representación y la legitimidad del sistema político al imponerse la nueva forma de participación de masas (democracia y sufragio universal) y dar nacimiento a nuevos tipos de instituciones representativas (partidos, sindicatos, movimientos sociales, etc.) y nuevos tipos de representantes políticos (elites, vanguardias, burócratas, tecnócratas) como arquetipos del hombre racional que formula decisiones racionales adecuando los medios según sean los fines y haciendo elecciones calculadas en cuanto a alternativas preferenciales ante las cuales tiene que asumir responsablemente sus consecuencias. Este modelo teórico decimonónico será reproducido ideológicamente en el siglo XX. Ante él, la ciencia política, ahora positivizada y tecnocrática, tendrá que tomar postura.

A principios del siglo XXI este paradigma ha dado síntomas de agotamiento, lo cual, por supuesto, afecta las teorías políticas que se gestaron en su seno. A este hecho se le denomina "colapso de teoría política" (como lo manifiesta Vallespín o Kyylimcka), y que afecta nuestra visión (perspectiva) del mundo activo de la política. Pero más que un supuesto colapso o arteroesclerosis de la teoría política, lo que nos ha propuesto es repensar la teoría y la práctica ante un mundo en cambio.

Pensar la política a través del ciudadano

Ante un mundo en cambio y lleno de incertidumbres ¿podemos seguir "analizando la política desde la política" sobre todo cuando los análisis de la política se hacen con instrumentos teóricos de otras ciencias no políticas?. La tradición de la modernidad, inaugurada por los análisis de Maquiavelo, presentó esta nueva forma de acercarnos al conocimiento del mundo del poder desde adentro. Supuestamente esto haría que todo estudio de la política fuese más realista al despojarla de toda pretensión metafísica de justificación. La idea esencial era que la política tenía una capacidad autoreferencial que al ser descubierta permitiría al investigador, por una parte, explicar las "leyes o ideogramas" inherentes del mundo del poder y, por la otra, proponer una serie de mecanismos técnicos para que el político controlara eficientemente este mundo lleno de incertidumbres y de trampas.

A través del proyecto ilustrado, la modernidad se hizo copartícipe de esta pretensión maquiaveliana. Sin embargo, para despojarla del tinte peyorativo que involucra lo “maquiavélico”, la recubrió bajo el manto de la racionalidad. Como lo ha indagado J. Habermas, la ilustración abrió el camino para el debate libre y racional de las ideas en una situación de diálogo dentro de la sociedad literariamente culta. Es este debate público el que ha creado lo que los modernos conocemos como la “esfera pública”. Al principio esta esfera comprendía tanto lo público político (el naciente Estado moderno) como lo público civil (la colectividad organizada y racional de la sociedad civil). Como hija de la doctrina liberal, esta última desplegaba una doble actividad: Primero, era el principal mecanismo para detener las pretensiones absolutistas del Estado (Locke) de allí que se crearan los poderes públicos que pondrían límites al absolutismo monárquico, el poder legislativo parlamentario y el poder judicial como esferas públicas diferenciadas dentro de un espacio público político más amplio. Segundo, era el lugar de autorreproducción económica de la sociedad organizada en la división social del trabajo (Ferguson) como ya hemos explicado.

Desde el siglo XIX esta esfera pública sufrió una serie de transformaciones. A medida que avanzaba la participación política de las masas, la esfera de lo público fue colonizada por las instituciones del Estado. Pero era un Estado subordinado a lo que H. Arendt ha llamado la “cuestión social”, que dio nacimiento al welfare state o Estado de bienestar. En sí misma la actividad política sufrió una importante transformación toda vez que dejó de ser el *lugar* o *arena* donde se debatían -en situación de diálogo- ideas, proyectos y se buscan soluciones a los problemas sociales comunes a todos. Ahora, era una actividad racional e instrumental que tenía como objetivo básico administrar y satisfacer eficientemente las necesidades de las masas a través de la administración de los recursos humanos y materiales de la sociedad. Pero de una sociedad en contradicción, ya que al

mismo tiempo que se expandía cuantitativamente se encontraba ausente cualitativamente. Como demostró el elitismo político, las masas no podían participar directamente en política, y tenían que delegar su poder, en el mejor de los casos, o a ciertas elites (liberal) o vanguardias (socialistas), o a un líder predestinado que hablaría en su nombre (decisionismo). La política ya no era una cuestión de ciudadano como hombres normales que se interesan por lo público, sino de hombres extraordinarios (“productores y empresarios” que reclaman pasivamente derechos políticos en el caso de la sociedad civil y una nueva “casta de dirigentes políticos” en el caso del Estado) que representan los intereses público de toda una sociedad.

Este esquema implicaba directamente que la “sociedad civil” fuese perdiendo su prerrogativa política, y simplemente fue identificada con su actividad autorreproductora (económica). En algunos casos fue tildada como enemiga del Estado (liberal) y, en otros, como la aliada del Estado en detrimento de las masas (socialismo). La sociedad civil dejó de ser el conjunto social organizado con oportunidad de actuar políticamente para defender racionalmente sus intereses privados (un híbrido entre lo público y lo privado). Todo lo que fuese público tenía que ser monopolizado por la acción del Estado (estatización de la política). En la sociedad civil se ocultaban todos aquellos “vicios” que no dejaban actuar racionalmente a la actividad política: egoísmo, competencia, destrucción, lucro, etc. En la estructura estatal todos estos vicios privados habían sido superados, mientras que en la estructura de la sociedad civil eran virtudes que llevaban al éxito².

Conclusión

En el siglo XX culminó con lo que hemos denominado “la crisis de la política”. Y entre otras razones, esta crisis implica que se terminó por reconocer que en realidad la estructura estatal no había logrado superar una serie de vicios inherentes al mundo de la política;

2 En este sentido cobra relevancia la obra clásica de Bernard Mandeville “La fabula de las abejas” o de cómo los “vicios privados hacen la prosperidad pública”. En algunos pasajes interesantes de su famoso “panal rumoroso” se deja ver el poder del vicio para alcanzar la prosperidad social y donde el Estado era el garante de mantener ese estado de cosas: “Así pues, cada parte estaba llena de vicios, pero todo el conjunto era un Paraíso; adulados en la paz, temidos en la guerra, eran estimados por los extranjeros y disipaban en su vida y riqueza el equilibrio de los demás panales. Tales eran las bendiciones de aquel Estado; sus pecados colaboraban para hacerle grande; y la virtud, que de la política había aprendido mil astucias por la feliz influencia de éstas hizo migas con el vicio; y desde entonces aun el peor de la multitud algo hacía por el bien común. Así era el arte del Estado, que mantenía el todo, del cual cada parte se quejaba...” (Mandeville 1997, 14-15). Una buena explicación entre el papel de la nueva sociedad civil y el papel asignado al Estado moderno como garante de las condiciones de reproducción económica y la prosperidad social.



corrupción, malversación de fondos públicos, autoritarismos y despotismos. Por supuesto que esto trajo como corolario la profundización de la apatía del ciudadano en lo que respecta al interés público político. Apatía que se ha traducido en el nivel micropolítico en una “crisis de participación” y en una dolorosa “crisis de representación” que trae como consecuencias drásticas a niveles de la macropolítica; una “crisis de gobernancia” y una fuerte “crisis de legitimidad política” que afecta negativamente todo el sistema social. Lo que el liberalismo político quiso al reducir la política a un simple medio instrumental en vez de solucionar los problemas, los agravaba. El Estado, una estructura política por excelencia, comenzó a disfuncionar. “La política desbordó al Estado” toda vez que se reconocía que los presupuestos propios de esta institución no eran suficientes para solucionar problemas, sociales, culturales, económicos, militares, que por su propia naturaleza no tienen solución política. Esto lo único que logró fue convertir al Estado en una presa fácil de los intereses egoístas de los grupos organizados (corporativos, poliárquicos, militares). Intereses que fueron canalizados por partidos políticos que convirtieron su papel de mediador, entre los intereses sociales y los políticos, en un sistema de relación clientelar. La relación de participación/representación propia de los partidos fue transformada en una relación de oferta/demanda (clientelismo político).

Lo que hoy intenta la nueva teoría política es superar estas crisis, y para ello ha considerado conveniente replantearse el problema de la reestructuración de la esfera pública como originalmente se venía desarrollando, es decir, cuando la sociedad civil tenía un papel políticamente relevante, o sea, cuando el ciudadano participaba activamente en los asuntos públicos de su comunidad bien sea a nivel de la gestión de ciertos servicios públicos básicos o bien a través de debates de ideas y programas políticos como alternativa a la monopolización y concentración por parte del gobierno nacional de la toma de decisiones.

La propuesta básica, sobre todo para esta región latinoamericana, es que la política tiene que ser pensada, estudiada y analizada desde la sociedad civil. Pero no desde una sociedad civil egoísta como las abejas de la Fábula de Mandelville, sino una responsable, deliberadora y productiva que esta en proceso de diferenciación del Estado en América Latina. Es en esta sociedad donde tiene su mayor parte de

actividad social el analista político moderno. Para ello, la sociedad civil no tiene que seguir siendo asumida como la portadora oficial de los problemas políticos y sociales de toda la sociedad en busca de soluciones estatales, este fue el papel que le asignó la lógica del racionalismo utilitarista del siglo XVIII. Por el contrario, la sociedad civil posee un amplio espacio de actividad pública (que no pertenece al monopolio de los poderes del Estado) que la facultan para dar soluciones sociales a sus problemas políticos y viceversa, que no son otra cosa que problemas de convivencia humana. En otras palabras, tenemos como empresa volver a reconstruir la idea del ciudadano, como el hombre comprometido social, políticamente y civilmente.

Para construir al *nuevo ciudadano*, y sobre todo en América Latina, tendremos que desestatarlo. La desestatación del ciudadano no implica en ningún momento su despolitización, ni que se deje de interesar por los problemas del Estado o que deje de lado su derecho político de ejercer el poder. Lo que en realidad significa, en primer lugar, es que no debemos seguir confundiendo política con Estado como frecuentemente ha sucedido en América Latina. En segundo lugar, lo que también significa es que tenemos que construir una nueva cultura política en esta región. De allí la sugerente idea del *modelo tecnocrático* basado en la construcción de un *nuevo capital social* para América Latina, de una nueva cultura pública tanto para el Estado como para la sociedad civil.

La razón de este disfuncionamiento de lo público, que trata de superar la nueva idea de capital social en su versión estructuralista, es que en esta región la *idea del Estado* ha absorbido la *idea de la sociedad civil*, y la *idea de representación* ha absorbido a la *idea de ciudadanía*. Esto a tal nivel de proponerse que en esta región no existe ese tipo de sociedad, ni mucho menos ese tipo de hombre político que es el ciudadano, que si bien *no vive de la política ni para la política*, se interesa constantemente por la política, y se convierte en la verdadera fuente de participación y legitimación de todo el sistema político. Por ello, la otra idea nodal es descubrir y evaluar el papel público que la sociedad civil ha jugado en los procesos político recientes tanto en la transición y consolidación de la democracia (y el régimen político sólo puede ser construido desde la sociedad) como en sus posibles fracturas a comienzos del nuevo siglo.

Conociendo la tradición autoritaria y populistas de los sistemas políticos en América Latina, se hace sugerente examinar la idea de que la única forma de contrarrestar esta tradición sea pensando la política desde una nueva sociedad civil, desde una nueva ciudadanía, que se diferencie de la europea en cuanto pueda restringir su egoísmo individualista y pueda canalizarlo para producir bienes públicos indispensables para toda la comunidad. Pero esta es una idea difícil de construir si analizamos que nuestros sistemas políticos son tendientes a aplicar el decisionismo político como modelo político alternativo al modelo político liberal. El modelo tecnocrático basado en la construcción de una nueva cultura pública en América Latina mediante el fomento del capital humano y el capital social, tiene que vencer primero las pretensiones leviatánicas de los Estados latinoamericanos.

Referencias

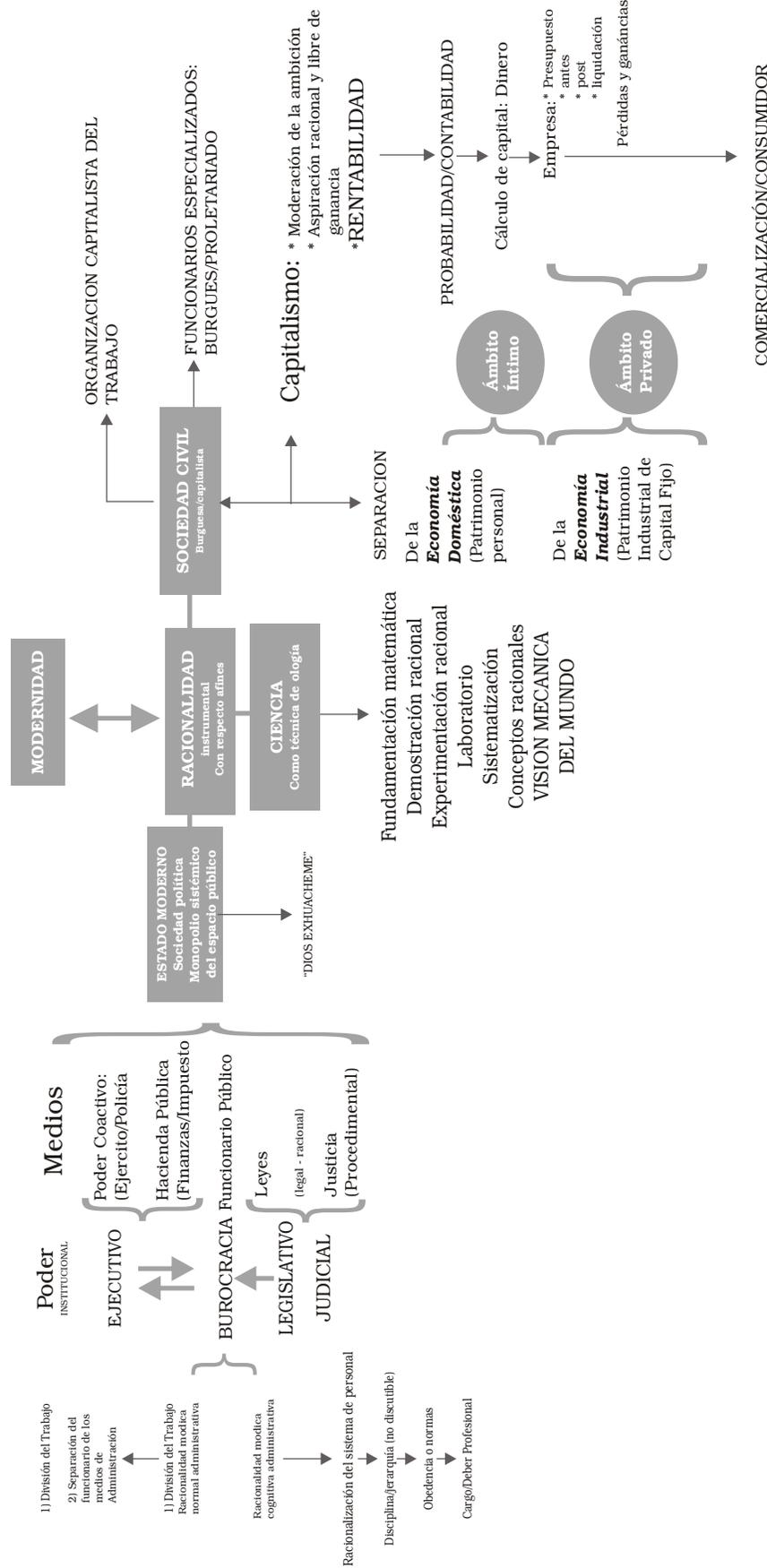
- Arato, A; Cohen, J. L. (1999). "Esfera pública y sociedad civil", en: Revista. *Metapolítica*. Vol. 3 N. 9 Ene/Mar. Centro de Estudios de Política Comparada. México.
- Arendt, H. (1998). *La Condición Humana*. Paidós. España.
- Beck, U. (1999). *¿Qué es la globalización?*. Paidós. España.
- Benedicto, J; Reinares, F. (1992). *La transformación de lo político*. Alianza. Madrid.
- Beriaín, J. (1996). *Las consecuencias perversas de la modernidad*. Anthropos. 1996. Barcelona.
- Beyme, C. (1993). *La teoría política del siglo XX*. Alianza. Madrid.
- Bresser, L; Cunill, N. OSZLAK, Oscar y Przeworski, A. (2004). *Política y gestión pública*. Fondo de Cultura Económica. Argentina.
- Cansino, C.; Ortiz, S. (1997). "Nuevos enfoques sobre la Sociedad civil", en: *Metapolítica*. Abr/jun. Vol 1. N. 2. Centro de Estudio de Política Comparada. México.
- Cansino, C. (2006). "Adiós a la ciencia política crónica de una muerte anunciada" Número 49/Dossier *Metapolítica*, septiembre-octubre. Centro de Estudios de Política Comparada. México.
- Cohen, J; Arato, A. (2000). *Sociedad civil y teoría política*. Fondo de Cultura Económica. México.
- Colomer, J. (2004). "La ciencia política va hacia delante (por meandros tortuosos) Un comentario a Giovanni Sartori". *Política y Gobierno*. Vol. XL. Núm. 2, II semestre.
- Cunill, N. (1997). *Repensado lo público a través de la sociedad*. Editorial Nueva Sociedad. Caracas.
- (1999). "¿Mercantilización y neoclientelismo o reconstrucción de la administración pública?". Nueva Sociedad. Mar/Abr. No. 160. Caracas.
- Diamond, L. (1997). "Repensar la sociedad civil", en: *Metapolítica*. Abr / jun. Vol. 1. Número, 2. Centro de Estudio de Política Comparada. México.
- Dirmoser, D. (director). (2001). "Usos y promesas de la sociedad civil", en: Nueva Sociedad Ene/Feb. No. 171. Caracas.
- Dworkin, R. (2003). *Virtud soberana. teoría y practica de la igualdad*. Paidós 110. Madrid.
- Fouault, M. (1998). *La verdad y las formas jurídicas*. Gedisa. Barcelona.
- Gauthier, D. (1998). *Egoísmo, moralidad y sociedad liberal*. Paidós. I.C.E./U.A.B. Pensamiento Contemporáneo. Barcelona
- Habermas, J. (1997). *Historia y crítica de la opinión pública*. Ediciones Gili. Barcelona.
- (1999). *La inclusión del otro*. Estudios de Teoría Política. Paidós. España.
- (2001). *Ciencia y técnica como "Ideología"*. Tecnos. Madrid.
- Habermas, J; Rawls, J. (1996). *Debate sobre el liberalismo político*. Pensamiento contemporáneo. Paidós. Argentina. No.. 45.
- Hengstenberg, M; Kphut, K; Maihold, G. (editores). *Sociedad civil en América Latina: representación de intereses y gobernabilidad*. Editorial Nueva Sociedad. Caracas.
- Hilb, C. (1994). *El resplandor de lo público*. Editorial Nueva Sociedad. Colección Nubes y Tierra. Caracas.
- Horkheimer, M; Adorno, T. (2001). *Dialéctica de la ilustración*. Editorial Trotta. Madrid.
- Katz, R; Mair, M. (2004). "El partido cartel. La transformación de los modelos de partidos y de la democracia de partidos. Zona Abierta. No. España.
- Keane, J. (1982). *Democracia y sociedad civil*. Alianza. España.
- Kymlicka, W. (1995). *Filosofía política contemporánea. Una Introducción*. Editorial Ariel Ciencias Políticas. Barcelona España.
- Laitin, D. (2004). *¿Hacia donde va la ciencia política? Política y Gobierno* Vol. XL No. 2, II Semestre.
- Maiz, R. (2001). *Teorías Políticas Contemporáneas*. Tirant lo Blanch. Valencia. España.
- Mandeville, B. (1982). *La fábula de las abejas*. Fondo de Cultura Económico. México.
- March, J; Olsen, J. (1997). *El redescubrimiento de las instituciones*. Fondo de Cultura Económico. México.
- Mires, F. (2000). *Teoría políticas del nuevo capitalismo*. Nueva Sociedad. Caracas.
- (2000). *Civilidad*. Editorial Trotta. Madrid.
- Mouffe, C. (1999). *El retorno de lo político*. Paidós. España.
- O'donnell, G. (2004). *Contrapuntos. Ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización*. Paidós. Argentina.
- Olvera, A. (1999). "Apuntes sobre la esfera pública como concepto sociológico". *Metapolítica*. Vol. 3 No. 9. Ene/Mar. Centro de Estudios de Política Comparada. México.
- Ovejero, F; Martí, J. L; Gargarella, R. (Compiladores) (2004). *Nuevas Ideas Republicanas*. Paidós 115. Barcelona.
- Panebianco, A. (2006). "Sartori y la ciencia política", Número 49, *Metapolítica*, Sept - Octubre. Centro de Estudios de Política Comparada México



- Panfichi, A. (Coord) (2002). Sociedad civil, esfera pública y democratización en América Latina. Fondo de Cultura Económica. México.
- Pettip, P. (1997). Republicanismo. PAIDOS. España.
- PNUD. (2004). La democracia en América Latina. Hacia una democracia de ciudadanas y ciudadanos. Taurus-Alfaguara. Buenos Aires.
- Pocock, J. (2002). El momento maquiavélico. Editorial Tecnos. Madrid
- Rawls, J. (1996). Liberalismo político. Fondo de Cultura Económico. México.
- (1993). Teoría de la justicia. Fondo de Cultura Económico. México.
- Sabato, H. (1999). Ciudadanía política y la formación de las naciones. Fondo de Cultura Económica. México.
- Sartori, G. (2004). "¿Hacia dónde va la ciencia política? Política y Gobierno. Vol. XL Número 2, II Semestre.
- (1999). Elementos de teoría política. Alianza Universidad. Madrid.
- Schmitt, C (1987). El concepto de lo político. Alianza Universidad. Madrid.
- Somers, M. (1996/97). "¿Que hay de político o de cultural en la cultura política y en la esfera pública? Hacia una sociología histórica de la formación de conceptos". Zona Abierta No. 77/78. Madrid.
- Taylor, C. (1994). La ética de la autenticidad. Paidós. Barcelona.
- Touraine, A. (1998). Crítica de la modernidad. Fondo de Cultura Económico. México.
- (1999). ¿Cómo salir del liberalismo? Paidós. Barcelona.
- Vallespin, F (1998). Historia de la teoría política. Alianza. Madrid. Tomos 5 y 6.
- VARIOS AUTORES. (1996). "Liberalismo, Comunitarismo y Democracia". La política. Paidós. No. 1. España.
- (1996). "La democratización y sus límites". La política. Paidós. No. 2. España.
- (1996). "Ciudadanía. El Debate Contemporáneo". Política. Paidós. No. 3. España.
- Walzer, M. (1997). Las esferas de justicia. Fondo de Cultura Económico. México.
- Wolin, S. (1993). Política y perspectiva. Amorrortu. Argentina.
- Yudice, G. (1997). Globalización de la cultura y nueva sociedad civil. CIPOST. Caracas.
- Zolo, D. (2006). "La tragedia de la ciencia política", en: Revista Metapolítica, No. 49. Centro de estudios Comparados. México

PARADIGMA SOCIOPOLITICO DE LA MODERNIDAD MODELO LIBERAL (ESTRUCTURAL FUNCIONALISTA)

Profesor Abraham Enrique Andara
Materia Teoría Política III - 4to año



BASADO EN LOS PRESUPUESTOS LEGAL-RACIONAL: DERECHO Y ADMINISTRATIVOS CON RESPECTO A FINES